

significado connotativo tiene mayor importancia, como resulta evidente, que el denotativo. Con todo, la elección de la traductora no menoscaba, en absoluto, el resultado final, que, como ya hemos dicho, nos parece excelente.

La sensación que nos queda, tras la lectura de la traducción, es que la responsable de la misma realiza su trabajo marcada por una afinidad personal con el poemario –no en vano declara en su “Nota a la traducción”: “En los estantes de una librería de viejo de Copenhague, un día de verano de 1995, encontré este libro de poemas de Ilse Aichinger que ya no me dejaría jamás” (p. 25)– ; y, más aun, que posee una elevada sensibilidad poética. Sólo así se justifica el lirismo que la propia traducción despliega y que sobrepasa la mera fidelidad al verso original.

En consecuencia, hay que saludar muy encarecidamente esta traducción –a la par que presentación– de la lírica de una autora capital en las letras alemanas contemporáneas, realizada con tanta delicadeza como maestría, y decirle, a quien pueda interesar, aquello que escuchó San Agustín: *Tolle et lege*.

Francisco Manuel MARIÑO

AMÉRY, Jean: *Lugares en el tiempo*. Valencia: Pre-Textos 2010. 152 pp.

Los libros de Jean Améry (1912-1978) pueden, a primera vista, incluirse en la nómina de las obras autobiográficas de otros supervivientes, judíos o no, de las barbaridades y las atrocidades cometidas en los campos de concentración y exterminio nacionalsocialistas: Imre Kertész, Ruth Klüger, Primo Levi, Jorge Semprún, o Elie Wiesel son algunos de los más conocidos y leídos. Sin embargo, la aportación del austríaco resulta excepcional porque, como señala su biógrafa Irene Heidelberger-Leonard, “sus reflexiones se distancian de todos los intentos de explicación existentes, ya sea el marxismo o el totalitarismo, la ciencia histórica o la psicología. A través de cada uno de sus interrogantes, Améry persigue imperturbablemente su camino personal en el que sólo acceden a la palabra lo vivido y la introspección con una subjetividad que nunca se da por satisfecha”. Sus ensayos, “en tanto que interrogantes sobre sí mismo son interrogantes acerca de la época, son manifestaciones de la historia y al mismo tiempo escenifican la resistencia contra ésa”. He aquí, pues, una de las claves: la subjetividad, que en Améry va de la autobiografía a la autodemolición, como matriz de la reflexión filosófica que intenta abordar, sin abandonar los parámetros del pensamiento ilustrado y racional, no sólo los efectos de la aniquilación sobre el individuo, sino también cómo el antisemitismo, Auschwitz y la guerra modificaron, tal vez para siempre, conceptos como lengua, identidad o patria (*Heimat*).

Tras la anexión de Austria por parte del Tercer Reich, Hans Mayer (no adoptará el pseudónimo hasta 1955) “es un pequeño-burgués germano-austríaco proletarizado con una educación poco solvente, sin padre, sin recursos, sin patria”. No será sino tras haber vivido –y sobrevivido a– experiencias como la emigración forzada, la persecución antisemita o la tortura que el superviviente descubra la aporía de la “obligación e imposibilidad” de ser judío, tener una patria, de escribir

en alemán y para alemanes (y austríacos) o de seguir viviendo y que, ante la incapacidad para poder salir de este atolladero (al menos mientras no llega la “muerte voluntaria”), Améry, que ha trabajado durante años como periodista, se transformará en “un ensayista marcado por el Yo y consciente de sí mismo” que “convierte su Yo impuesto en un Yo elegido por él mismo”, y “aplica su dolorosa experiencia política propia para favorecer a todos los humillados y ofendidos”. Nace así, una trilogía de obras que él mismo no duda en calificar de “novela ensayístico-autobiográfica”: *Jenseits von Schuld und Sühne* (1966), *Über das Altern. Revolte und Resignation* (1968) y *Unmeisterliche Wanderjahre* (1971). En ellas, y a través de una especie de cronología inversa, Améry hace un recorrido por su experiencia personal (Auschwitz, envejecimiento, formación intelectual...), tratando de enmascarar al protagonista tras el velo de aparente objetividad propio del género ensayístico. La finalidad ya no es, como en sus primeros textos, la propia de un “ilustrado que ilustra” y que pretende educar a su público: quien se acerca a sus libros ha de vérselas con un escritor marcado por el resentimiento (actitud que abrió un abismo entre Primo Levi y él), que “escribe y piensa principalmente contra sí mismo” y que, lejos de posibilitar algún tipo de identificación o compasión, mueve también al lector a pensar contra sí mismo, llegando a provocar, incluso, el rechazo. Son las “tentativas de superación de una víctima de la violencia” que tiene claros los dos objetivos de la escritura y reflexión de los supervivientes: “reconocer la verdad, que está en alguna parte muy lejos detrás de las apariencias, y: evitar que nadie nunca más, con cualquier pretexto, pudiera comenzar de nuevo esa aventura sangrienta a la que hemos sobrevivido de forma milagrosa”.

La importancia de la obra aquí nos ocupa, *Örtlichkeiten*, publicada póstumamente en 1980 y ahora traducida al castellano como *Lugares en el tiempo* (si bien tal vez fuera más fiel el título del prólogo que la precede, *Lugares: estaciones de una huida*), radica fundamentalmente en que se trata, a pesar de la manifiesta intención inicial de “refrenar” los impulsos autobiográficos, del texto que más datos personales y privados ofrece sobre el recorrido vital del Jean Améry perseguido, exiliado, fugitivo y, tras la guerra, “apátrida profesional”. Nacida por encargo de Manfred Franke, se trata de un intento de elaborar una suerte de memorias a partir de los lugares que determinaron su vida y que han de ser los que, al revisitarlos cronológicamente, susciten las memorias de un sujeto que se halla siempre presente, reflejando el mundo y sufriendo diversas transformaciones, aún cuando no se dé a conocer de forma directa. Améry recorre en tercera persona y bajo diferentes máscaras (merece la pena reproducirlas, ya que revelan a la perfección los diversos estados de ánimo e identidades por los que los acontecimientos históricos le hicieron pasar: “intruso”, “indeseado”, “proscrito”, “marginado”, “sentenciado”, “huésped extranjero”, “hombre piojo”, “hombre sin nombre”) las distintas etapas de su “Anti-Success-Story” en busca de los recuerdos asociados a lugares que le permitan reconstruir su “calvario”. Pero la vuelta al pasado está llena de las dificultades: “No hay nada más engañoso que el recuerdo, que busca en las profundidades una imagen registrada en alguna ocasión pero borra otras por completo. Sólo quiere dejar surgir cristalizaciones vitales aisladas, oculta lo que es blando,

intangibles. [...] El visitante piensa, no sin espanto y con profundo miedo a la muerte: sobre mi pasado ha crecido la hierba; ha crecido realmente la hierba, siempre pensé que eso era sólo una manera de hablar”. El resultado, en palabras de su autor, “no puede ser una obra de historiografía, sino un fragmento de testimonio histórico”, la reconstrucción de una serie de lugares, muchos de los cuales ya no existen, desde la distancia subjetiva y sesgada del recuerdo y el paso del tiempo.

La primera etapa del viaje consiste en un “retorno a los comienzos”. Nos encontramos en el Bad Ischl anterior al *finis Austriae*, donde el viejo káiser solía tener su residencia de verano y donde todavía, a pesar de un antisemitismo cada vez más manifiesto, se puede respirar aún una atmósfera de otro tiempo, el del Imperio austrohúngaro: el ambiente campesino, lleno de música y de bailes, impregnará al “chaval” (primera de las máscaras) forjando en él lo que Heidelberger-Leonard llama su “alma rural”. Pero al arruinarse el negocio de hostelería de la madre, sobrevendrá la primera de las fisuras: “en ese momento también descubrirá que no tiene patria”. Y se produce el traslado a la capital: “la gran ciudad le acogerá, le devorará” y comenzará su formación intelectual, fundamentalmente autodidacta. El ambiente es propicio: es la Viena de los cafés, de Karl Kraus y Werfel, Mahler y Schönberg, Adler y Freud, pero en la que “el debate se llevaba de forma abstracta en un espacio vacío de realidad”. Sin embargo es también un momento de intensa lucha de clases, en el que “los trabajadores austríacos pasaron a socorrerse a sí mismos” y el joven Améry no permanecerá neutral: cuando Dollfuß disuelve el parlamento y estalla la huelga general él colabora transportando armas. Pero siguen pugnando en su interior el “conservador que sueña embelesado con el paisaje” con el “reformador socialista del mundo y revolucionario” que anticipa al futuro luchador de la resistencia. Pero la revolución fracasa y con la dictadura clerical-fascista comienza la persecución. “Nadie me echará de aquí”, piensa, ya que ni puede ni quiere irse. La época de la Primera República y la Viena roja se ha acabado y se consuma la ruptura con su “Austria indeleble”, la “Austria de la subversión”, muerta con Hitler. Pero “a pesar de todo se queda en Viena, hasta que lo persigan como a un conejo”.

La huida lo lleva (aunque el relato no lo recoge, en realidad viaja acompañado de su primera mujer, Regine) a Colonia, donde se topa con la “normalidad” de la vida cotidiana en la Alemania nacionalsocialista. Una joven judía, apellidada Schmengler, le proporciona la ayuda necesaria para hospedarse hasta que pueda cruzar la frontera con Bélgica. Cuando retorna a la ciudad renana casi cuarenta años después, la pensión Schmitz ya no existe. Ha sido derruida y en el terreno se alza un supermercado: “todo esto pertenece ahora a Rewe. También mis horas de 1938”. Llega a Amberes, donde recibe asistencia de los comités judíos y continúa su formación en una biblioteca alemana. Améry no escatima detalles íntimos, que le sirven para dar rienda suelta a la amargura brutal de la que es capaz su estilo: “le interesan en especial las casas de prostitución [...]. No sospecha cuánto mejor será al cabo de un año la situación de las pobres prostitutas que la suya propia”. Al estallar la guerra, Bélgica permanece neutral, de modo que “nadie toma nota de su febril disposición a la guerra, de su ansiosa exigencia de enfrentarse por fin hom-

bre a hombre con el arma en la mano contra un enemigo que hasta el momento no había sido para él más que cazador”.

Tras la invasión alemana es internado, puesto que se trata de un “extranjero enemigo”, en el campo de Gurs, en los Bajos Pirineos, originariamente destinado a los últimos contingentes del ejército republicano español y que, en palabras de Améry, “fue una vergüenza para Francia”. Allí, de manera similar a como hiciera Primo Levi en Auschwitz con Dante, él trata de “desenterrar de su cabeza una antología de lírica alemana de finales del siglo XIX y principios del XX”. Pero en primavera logra la fuga. Atravesando una Francia “derrotada, y bien derrotada”, regresará a Bélgica. Futuro lugar de residencia, Bruselas es entonces un lugar donde conviven conquistadores y conquistados y él vaga “por las calles con un malestar que no sería exacto tachar de ‘miedo’, ya que se iba acostumbrando al hecho de que no debía estar allí, que era una ‘no-persona’”. Pasa a colaborar con la resistencia repartiendo panfletos y, finalmente, en 1943, es detenido por la Gestapo. El relato de *Örtlichkeiten* interrumpe aquí su narración, fiel al propósito de evitar “toda colisión con mis libros anteriores”, y omite los años de tortura e internamiento en Auschwitz que se pueden reconstruir con la lectura de *Más allá de la culpa y la expiación* o de los textos escritos inmediatamente después de la liberación como *Reise um den Tod. Die Festung Derloven*.

Las dos siguientes etapas son Zürich y Londres. En las páginas dedicadas a Suiza nos encontramos con el Améry más sarcástico y mordaz: “La gente tiende a ser malcarada. La cartera de volumen mediano o mediano tirando a bajo recibe un trato, en el mejor de los casos, de severa justicia. [...] En el café Odeon aseguran que [...]uno vive aquí en un país miserable que imagina poder evadirse de la historia y del trágico destino mundial. Que aquí se descansa sobre los laureles de la Cruz Roja internacional y los paquetes de acciones de explotadores capitalistas internacionales”. Se instala como corresponsal periodístico en Londres, esa “ciudad que se ve a sí misma como el centro de un mundo que domina, pero que no le atañe”, y al cabo de unos meses en los que “empieza a asimilarse de una manera que no deja de resultarle inquietante” abandona la isla.

El relato nos lleva al París de la inmediata posguerra, de 1945 a 1950, el París de los existencialistas, de su admirado “comadrón” Sartre, es descrito como una suerte de época dorada perdida para siempre. Y tal vez precisamente por ello el narrador, en su reconstrucción, se ve asaltado por las dudas: “¿Era esto París? ¿Esta secuencia cinematográfica rodada por el miserable director que es la realidad según las recetas del primer realismo filmico? ¿Esta narración escrita por un autor que no se obsesiona por los matices y que también se llama realidad? ¿Esta imagen pálida que resiste tan mal a la erosión del tiempo?” De todo ello no pervive sino la memoria y el individuo que recuerda: “Solamente un hombre que lanza una mirada hacia atrás y dice: pasó; y nunca más. ¿Le querrán escuchar? Si lo hacen, bien. Si no: *tant pis!*”

En el último capítulo del libro, “Mi escena alemana”, la máscara del anonimato cae y surge el “yo”, la primera persona. La causa no es otra sino el relato de su encuentro en Bruselas, con Helmut Heißenbüttel, escritor del Grupo 47, quien le

animaría a publicar sus primeros ensayos: la primera persona aparece con el nacimiento del Jean Améry escritor. Tras una serie de retratos y caricaturas de colegas como Uwe Johnson, Elias Canetti, su tocayo Hans Mayer o Günter Grass, *Örtlichkeiten* se cierra con una reflexión sobre la relación de Améry con la cultura y la lengua alemanas: quien escribiera que “hay que tener una patria a fin de no echarla de menos”, sabiendo que no podía tener ninguna, y ha guiado a sus lectores por sus sustitutos, estos lugares en el tiempo, acaba por encontrar un hogar en el idioma pese a la desconfianza (y resentimiento) que le provoca Alemania: “Uno se siente en casa en las palabras alemanas, está entre semejantes con ciertas y muy determinadas personas. Con todo, éste no es el suelo sobre el cual querría construirme una casa”.

Celebramos que la editorial Pre-Textos continúe acercando al lector en lengua castellana la obra de este escritor y pensador fundamental. La traducción de Marisa Siguan y Eduardo Aznar es excelente y sólo podemos lamentar alguna errata tipográfica y que no haya sido incluido el interesante epílogo de Manfred Franke, contenido en el original alemán, si bien alguna de sus ideas se puede reconocer en el prólogo.

Santiago SANJURJO DÍAZ

BRAENDLE, Christoph: *Onans Kirchen*. Roman. Wien: Czernin 2012. 256 S.

Wahrscheinlich ist der 1953 in Bern geborene Christoph Braendle in Österreich bekannter als in der Schweiz. Seit einem Vierteljahrhundert wohnt er mitten in Wien, sofern er nicht in Marokko ist oder sonstwo auf der Welt – im Grunde nämlich ist dieser dem wilden Eros schamlos ergebene Feingeist ein passionierter Weltenbummler. Christoph Braendle hat als Journalist und Reporter gearbeitet, er hat skurrile Theaterstücke und glänzende Essays verfasst, und er hat eine beachtliche Menge von literarischen Büchern publiziert – und keines gleicht dem anderen. Gemeinsam ist ihnen der wache, neugierige Blick auf die Welt, die immer wieder verblüffende Originalität des jeweiligen Themas und der dafür gewählten literarischen Form. Und natürlich die hohe sprachliche Qualität, die ihren Autor als ungewöhnlich vielseitigen und in zahlreichen Genres versierten Literaten erscheinen lässt. Man muss nicht alles von ihm kennen, um begeistert zu sein – seinen meisterlich komponierten Roman „Der Meermacher“ aber schon, diesen packenden Text, der die durchglobalisierte Welt von heute konsequent auf ein Weltuntergangs-Szenario zulaufen lässt. Die „Reportagen aus der Mitte der Welt“ sollte man ebenfalls lesen, und unbedingt auch sein vorletztes Buch „Das Wiener Dekameron“, das von der Liebe und der Lust erzählt – ein Themenkomplex, der diesen Autor stets begleitet hat und ihn nicht loslässt. Was auch sein jüngster Roman beweist.

*Onans Kirchen* spielt im südlichen Afrika. Ein ungewöhnlicher, ziemlich schräger Text, immer wieder durchsetzt mit brillanten zivilisationskritischen Tiraden und voll von sprachwütenden Abrechnungen mit Rassismus und Kolonialis-